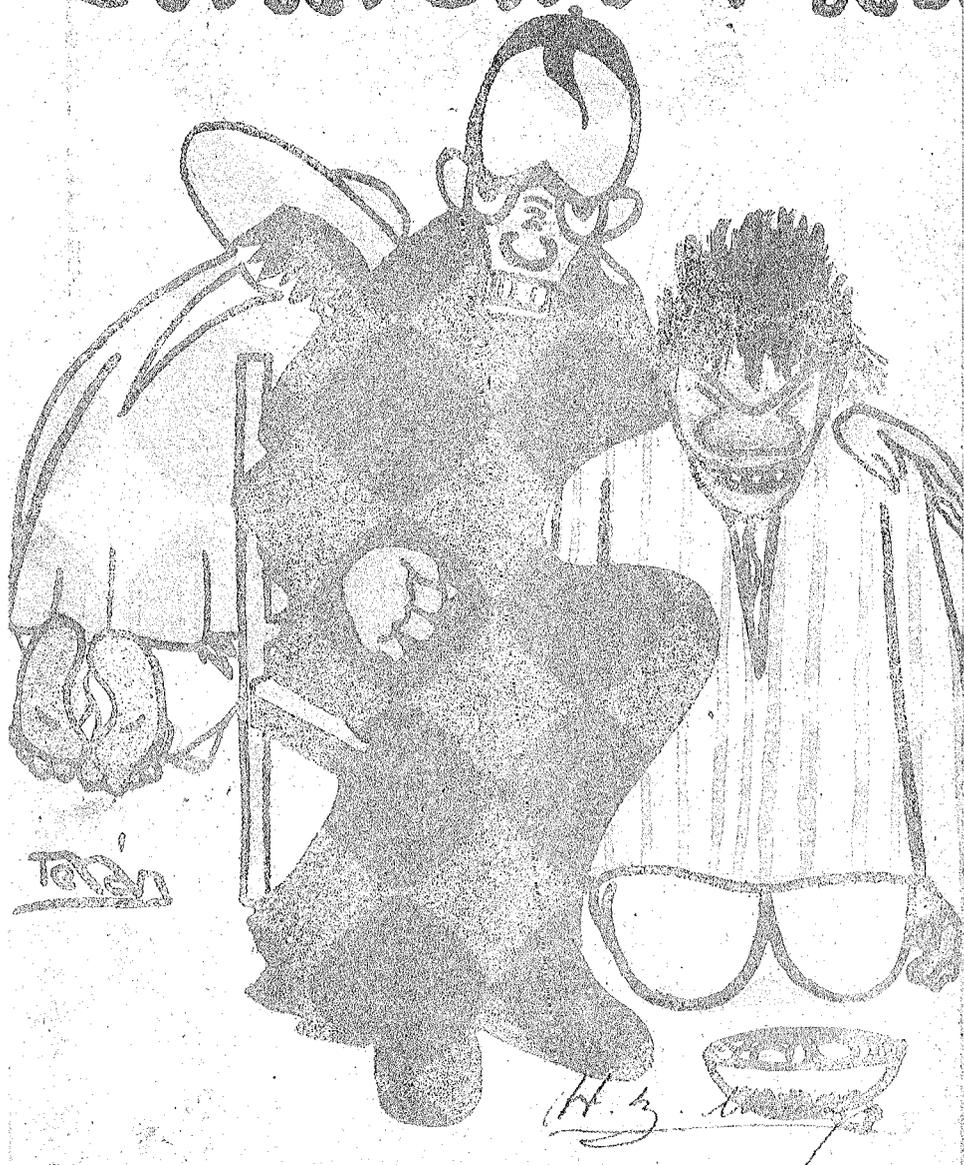




# CARICATURA

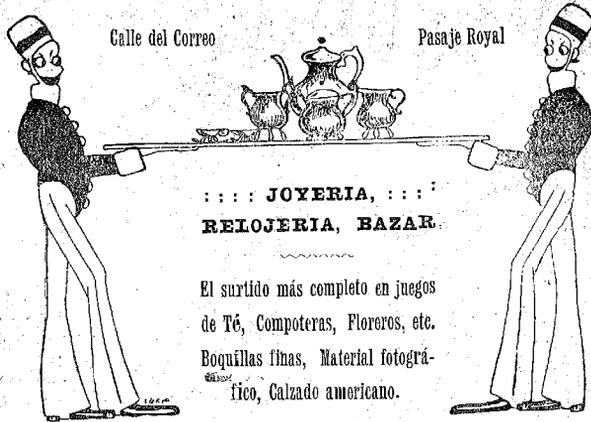


El confesionario Origen de la abyección del Azvay....

# Almacenes de Guillermo López

Calle del Correo

Pasaje Royal



:::: JOYERIA, :::  
RELOJERIA, BAZAR.

El surtido más completo en juegos  
de Té, Compoteras, Floreros, etc.  
Boquillas finas, Material fotográ-  
fico, Calzado americano.

Precios bajos. Artículos de primera clase.

HOOZOMHOO

**Sello Rojo JABON**

TRADE MARK

REGISTERED

MADE IN U.S.A.

G.P.C. Tomson & Co. [FABRICANTES] Philadelphia Pa. U.S.A.

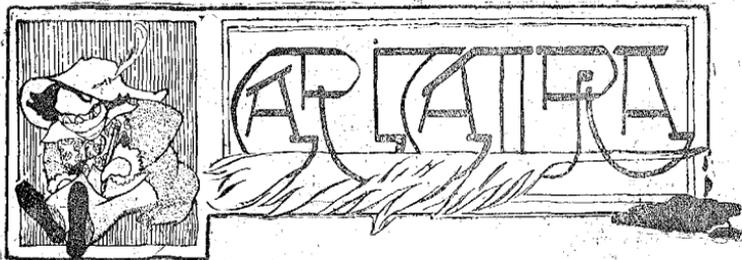
BARRATO

Teléfono 3 9 0

Apartado 2 9 7

## Manuel M. Rojas

Confeciona toda clase de vestidos al gusto más exigente.—Especialidad en trabajos para militares.



SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORENO N.º 30

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

Precio 30 ctvs.

AÑO II

Quito, Abril 18 de 1920

NÚMERO 63

## DE LA VIDA QUE PASA

### Quito, la ciudad de los perros

Al igual de Constantinopla, la puerta de Levante, de la que nos hablan esos magos de las letras castellanas que se llaman Blasco Ibañes y Gómez Carrillo, haciéndonos vibrar con ellos a través de esos remotos países de las mil y una noches, Quito, a pesar del furor de urbanización que ataca de vez en cuando a los municipales y empleados de O. y S., nuestra tan calumniada ciudad, es también como la Sultana del Bóforo, la ciudad de los perros.

Y no se crea que es una broma la que pretendo hacer al decir esto, no, ni tampoco quiero decir que los habitantes de ésta, por mil títulos ilustre Capital, son todos unos perros, porque esto a más de ser una injusta generalización sería un insulto de pésimo gusto para las personas racionales que hay en Quito.

Me propongo, efectivamente, en esta croniquilla, hablar de esos cariñosos y agradecidos animales, fieles compañeros del hombre, y muchas veces mejores que él, a los que llamamos perros, y la dedico exclusivamente al

«hermano can» del seráfico padre Francisco de Asís.

Pero como hasta en los perros hay castas y categorías, lo que explica fácilmente que haya también en el cielo categorías y castas, siguiendo al divino Francisco y al apóstol Giraldo que dice: «Conmigo los humildes y los tristes», dejaré a un lado a todas las razas y castas de perros que se exhiben en exposiciones, tienen cementerios y hospitales apropiados y pascan esmeradamente cuidados y limpios al lado de sus dueños, si no dentro del manguito de pieles de sus dueñas, para dedicar este recuerdo a los canes de la más ínfima clase social entre el mundo perruno, a los perros vagabundos, a los perros sin dueño, a los perros miserables y a los perros hambrientos, que, como sus hermanos, los indios, arrastran sus vidas lamentables, resignadamente por los lugares más imundos.

Parece ser que también los perros pertenecieran a esa raza vencida y envilecida hoy, y otro tiempo poderosa y fuerte, pero con la ventaja de que los perros son más inteligentes,

más buenos, más libres que los indios, y, sobre todo, de que no saben todavía beber aguardiente.

Nuestros vales jóvenes que en una época se dedicaron a componer oraciones en verso y plegarias líricas, ¿por qué, en vez de malograr estrofas por las novias que no hacen caso de oraciones *o* de plegarias, no compondrían una oración por los perros? Por estos buenos perros, por el alma errante de estos perros bohemios que viven de los desperdicios de la ciudad y duermen al abrigo del arco de un portal o en el umbral de la puerta de una taberna. Por estos anónimos habitantes de Quito que apagan la sed y mitigan el hambre en los alrededores de las carnicerías y acechan el menor descuido del pulpero para atrapar un pan o un pedazo de queso.

Por esos perros fríos y flacos, de piel sucia y amarilla que desde el alba hasta el anochecer hacen el recorrido por todas las calles de la ciudad, en espera quizá de un milagro de la esquivia diosa Casualidad, y que, a pesar de haber nacido decentes y honorables, el hambre los convierte en ratones, saltadores de pulperías y ladrones a "boca armada" del pan que el muchacho que va a la escuela lleva en la mano, sacrificando su hombría de bien en aras del instinto de conservación.

Por qué, aquí, la patria de la importunidad y de los importunos, donde a uno que va apresuradísimo, con temor de llegar tarde a una cita, de no encontrar al Ministro en el despacho o de perder el negocio que tantos quebraderos de cabeza le ha causado, lo detiene en la calle el amigo o el conocido y no lo suelta hasta no haberle hecho infinidad de preguntas a cual más importunas y fastidiosas: «¿Qué se ha hecho?», «¿Qué milagro por mi barrio?», «¿Para dónde?», «¿La salud qué tal?», «¿En casa todos bien?», y mientras tanto *el* o *la* que lo citó cansado de esperar se han largado, el Ministro ya no está en el despacho y el negocio tan bien combinado se ha ido a pique porque otro llegó con anterioridad. Por qué, digo, no habrá habido una alma curiosa que se fije en esos perros que avanzan resueltamente por la calle, a buen paso y sin detenerse para nada,

como una persona que lleva un objeto determinado, y les pregunte que a dónde van y qué prisa llevan, para ver si el perro se detiene a saludar y a contestar a tanta necedad, como tenemos la debilidad de hacerlo nosotros los hombres, o si al contrario, ese perro miserable a quien hemos pretendido detener, no pasa orgulloso y altivo por su camino, sin dignarse siquiera poner atención al interlocutor y fastigándolo más bien con el látigo de su desprecio y observando una conducta si no más cortez que la de los hombres, por lo menos más lógica y menos hipócrita.

Y además de estas cosas, tienen nuestros perros, al revés de los de Constantinopla, el mérito de ser perseguidos. El policía, el animal más sanguinario y perjudicial de la especie humana, emprende feroces campañas contra ellos y les hace saborear los ultradivinos espasmos de la estricnina, pero un día llegará en que siguiendo las cosas su orden lógico de transformación y evolucionismo, los perros administrarán la estricnina a los policías, y nos librarán a los humanos, por el medio eficaz del exterminio, de la única plaga de Egipto que ha quedado sobre la haz de la tierra.

*"Y por eso a vosotros ¡oh perros! que lleváis en el cuerpo el alma vanidosa de Cristo bajo el pellejo purulento de Job; a vosotros, que sentís por la luna amores de Platón y por los gútos odios de Zarathustra, a vosotros que tenéis la hidalgía de dar un mordisco cuando el hombre en caso igual inventa la calumnia, a vosotros hermanos en dolor,ambre y pereza, dedico este breviario de oraciones."*

(Soisa Reilly.—El alma de los perros.)

Alonso Quijano

# La paja en el ojo ajeno



-Realmente, mi querido artista, los modelos no tienen pudor alguno de ponerse tan ligeras de ropa delante de un hombre...

(De Pages Fuller)

## ORACION

Mientras tu divina voz me llame  
llenando mi alma de extraña turbación;  
mientras mi carne vuelva al polvo, dame  
serenidad para mi corazón.

Sobre el surco que labro y sobre el grano  
que siembro; sobre mi llanto y mi canción;  
sobre la limosna que ofrece mi mano  
que descienda tu santa bendición.

Y cuando el dardo del dolor me hiera  
y fracasen mi sueño y mi ambición  
y siempre que no alcance mi quimera  
dame, Señor, resignación.

*Pascua de 1919.*

**Guillermo Bustamante**



## SONETO DE AMOR

Para tí he vendimiado vino de mis viñedos,  
hice para tu gracia una rima otoñal;  
En la milagrería de mis ensueños ledos  
para tí nació triste mi mejor madrigal...

Para tí yo he soñado los ensueños rosados  
y he vertido toda la miel del corazón...  
Es por eso que tengo minutos amargados  
y pétalos caídos de mi flor de ilusión...

Y tú me quieres Nena y por eso te adoro.  
Los dos hemos formado la Leyenda de Oro  
para reír un poco, para mucho soñar...

Y tú me quieres Nena y por eso te adoro.  
—Yo con mis ojos tristes; tú con tus rizados de oro...—  
Pero esta pena oscura nunca podrás quitar...

**Augusto Arias R.**



FIGURAS DECORATIVAS.

TARAJ

# ¡Así se escribe la Historia!

EL PROCESO CAILLAUX Y LA PRENSA DE PARIS

Uno de los casos más recientes de las confusiones y de los distintos aspectos que presenta una misma cosa para los encargados de «hacer historia», es decir, de los periodistas, lo encontramos en la manera cómo los diarios parisienses dan cuenta de cómo se presentó ante sus jueces el ex-primer ministro Caillaux, cuyo juicio por «inteligencias con el enemigo», celébrase actualmente en París.

Llegó «sonriente», dice EXCELSIOR (de París), «frío y sereno», asegura LE MATIN, «bastante molesto», dice M. Talmeyr en L'ACTION FRANÇAISE, quien vió al antiguo Presidente del Consejo con «una hermosa levita», en tanto que Georges Bourdon, del FIGARO, nos lo describe «vestido con jaquet negro». «Pantalón gris», oscuro, afirma la NOUVELLE DEMOCRATIE; «oscuro rayado», precisa EXCELSIOR.

«Tiene buen aspecto», dice LE GAULOIS; «parece haber engordado», encarece M. Maurice Prax, en el PETIT PARISIEN. «Delgado, seco y más calvo que nunca», LE JOURNAL. Tiene el aire fastidiado y envejecido», insinúa L'INTRANSIGANT del 18 de febrero, que al día siguiente lo encuentra «más moreno» (se diría que ha pasado una temporada en el mar. El INTRAN del 19 agrega: «Tiene aire reposado y no tiene ese aspecto envejecido...» Pero, por el contrario la DEMOCRATIE NOUVELLE afirma que M. Caillaux «ha envejecido ligeramente».

EXCELSIOR (de París), cuyos reporteros se hallan en todas partes, lo ve «pálido y ligeramente enflaquecido» mientras que el FIGARO describe a Caillaux «erguida la cabeza, rojo el rostro, haciendo contraste con la cabeza calva».

Otorguemos la palma a la ERE NOUVELLE que, líricamente, exclama: «La

fisonomía de M. Caillaux pareció regocijarse con la pureza de la atmósfera ambiente». (sic).

Un tanto cuanto desconcertados. En el curso de la audiencia, M. Talmeyr ve al acusado «lamentable».

L'ECLAIR lo encuentra «indiferente en apariencia». «Actitud de audacia y tranquilidad extraordinarias», anota la DEMOCRATIE NOUVELLE. «Impasible, inmóvil el cuerpo, pero agitadas las manos» EXCELSIOR. Y LE MATIN, muy literario, habla de «dandismo balzaciano».

Mientras se lee la requisitoria, M. Caillaux ha manifestado cierta nerviosidad. En este punto muchos diarios están acordes al observar la febrilidad de las manos, el monótono balaceado al extremo de su hilo, un cajón abierto y cerrado inconscientemente (véase el admirable retrato trazado por M. Louis Lazarus en LE GAULOIS).

Sólo ERE NOUVELLE afirma que escuchó impasible, sin un ademán, sin un movimiento de cabeza. ¡Sobriol, porque M. Lazarus precisa «mueve la cabeza con irritación o se encoge de hombros para manifestar su desprecio. Extiende los brazos, abre las manos para significar «¡Ah, ya véis! Entonces, nada hay contra mí».

En cuanto a la voz del antiguo presidente del Consejo, unos la escuchan firme, otros leve, un poco velada, débil, pero clara. Cuando debe responder a una pregunta sobre su identidad: su profesión actual, su voz se ahoga, dice M. Bonnamour en L'ECLAIR. En su feroz artículo de L'ACTION FRANÇAISE, M. Maurice Talmeyr anota: «Responde con una pequeña voz vacilante..... voz de niño gentil y de primera comunión, que vacila en confesar sus pecados».

Después de esto, ya puede uno decir que ha quedado enterado.

## LAURO TARDIO

Dos niños traviesos y parleros desarrugan el cielo del matrimonio con sus risitas de cristal. A lo menos poco se preocupa su inconsciencia en problemas arduos de familia, de averiguar el motivo de las dificultades diarias. Si opinaran, sufrirían como sus padres; se arrojarían denuestos y maldiciones; harían muchos guarismos para materializar una disculpa, como para escudarse de la impaciencia del que no entiende el significado del bien vivir. Cuando juegan, el hogar despidе incienso; el Odio que vigila las puertas se detiene a mirarlos; el Idilio suspira, reanudando, con flébilеs quejas su recomenzada canción nostálgica. Parece que habla la Dicha cuando los pequeños tienen de luz el fosco cautiverio donde trita la miseria y bostozca el hambre.

En la férvida danza de las horas se mezcla el paleluyal del cantito aquel modulado con diamantinos ayes; la temblorosa y aromática corola de alegría purifica el ambiente invadido por el presentimiento trágico. La energía—desafío, la ingenuidad interrogadora se estrellará con sonido de timbre contra las paredes del problema. Sin ponerse triste, sin renegar de la vida, sin cavar hondo en la memoria, sin golpear la conciencia ni acribillar el entendimiento, uno de ellos resolverá puntos difíciles que han palpitado en el magín de pensadores y ajusticiados de la idea.

El padre es un endemoniado; la madre, una ola haciéndose marejada. Desde el principio se quisieron poco. Se van separando a fuerza de desprecios y recriminaciones. Ya no es su amor un pasatiempo frívolo: es una formidable carga. Acabarán por despedirse del todo. El escándalo sale hasta afuera en palabrotas, en interjecciones; y los gemidos se remontan hasta muy lejos. Se cree que eso no durará mucho. Razón porque ella vive triste. Ni podía suceder de otro modo. Comenzaron por no querer entenderse. Pero son jóvenes. Ella le ha tratado de imbécil. Eso no es nada. Se ha bur-

lado con frecuencia de sus harapos gloriosos. Porque él es poeta de los buenos. Ha tenido la arcángelica ala sobre sus hombros. Pero ahora está endurecido; no produce nada, aunque él dice que se esfuerza, que lee, que busca en la Naturaleza contemplándola de cerca, oyendo sus latidos en sus numerosos repliegues.

No sólo está triste, está furioso, desesperado, sediento de repercutirse en algo que revele su pasado genial, cuando tradujo en innumerables renglones: emociones, quejumbrosidades de esperanzas, ductilizaciones de notas, acordes de indefinibles exhalaciones de amor y ensueño en metro variado, candente, con espontaneidad de niño, sin debatirse como hoy, sin dolerle tanto haber vivido con poco provecho.

\* \* \*

Ha gastado papel; pero todo es lo mismo. La frase cincelada, la imagen misma huye y se esfuma en ideaciones y vaguedad sin expresión. Duda de sí mismo. Ha escrito una porción de palabras sin orden ni medida; las borra, rasgando la hoja de papel. Empieza a desfallecer... Ella ya lo había dicho... Era para desconsolarse. Era en son de vengativa burla... Pero el resentimiento carece de criterio; y el pobre poeta escribía algunas veces sin enjugar las lágrimas de su mujer, cuando solamente la que vibraba en el hondo vaso de su sensibilidad. Le duele que sea su mujer. A los otros no les toma en cuenta. ¿No es él, quién ha de recibir el chasquido en una mejilla sin ocultar la otra?

\* \* \*

El mayorcito, que es el filósofo de la casa, tiene pena: una pena que le arranca lágrimas de hiel. Y por eso ha hecho pausa en sus travesuras, y alarga la mirada esertada ora tentando el mutismo de su papá.

Le ha visto horas y horas escribiendo. Casi ni escribía. El chiquitino ha visto el papel en blanco y derra-

ma otra clase de lágrimas. Comprende de la angustia de su papá. Quizá ha tenido miedo de ese gesto imponente, ha medido la intensidad de ese oculto grito que araña el interior del pobre poeta. Tal vez ha pensado también en la perfidia sin nombre que cometen los que desequilibran la mentalidad de un hombre genial en son de críticos, lo mismo que decir envidiosos. Piensa también en su madre que ha derrumbado con su modo de ser el escabel de la gloria. Pero es su mamacita, y esa inteligencia infantil se atosiga de dudas. Consigue hablarle.

—¿En qué piensas tanto papaito?

El papá se vuelve con una tímida sonrisa.

El mayorcito calla. Le está mirando.

El poeta inclinado sobre la cuartilla, aguja la paciencia de nuevo.

—Papaito, papaito, veo que sufres sin poder escribir; tienes razón, ¿estás enfermo?

—Sí, estoy enfermo.

—Entonces sería malo trabajar. Los enfermos escriben?

—Sí, hijito.

—Pero, ¿qué escriben? Deben obedecer al médico.

El escritor suspira cuando oye la palabra médico. Aspera le suena la palabra. A él ninguno le ha curado bien.

—Algunas veces no lo hacen.

—Malos. Tú eres de esos enfermos incorregibles; hablo de los que no escuchan al médico. Mira, no escribas más. Veo que te quejas en silencio. ¿Qué es lo que hace estarte tanto tiempo así?

El poeta, filósofo profundo, ha contestado a miles de cuestiones de este género. Ahora está en un callejón sin salida. La ingenuidad.

Y vienen las preguntas.

—Yo sé por qué no has puesto nada.

—Lo sabéis?

—Y cómo no, si te estoy viendo en un tris de despedazar la pluma.

—¿Quieres que te consuele? Si quieres escribir a todo trance, te ayudaré.

—¿Qué me ayudarás?

—Puedes seguir escribiendo. Dile en el papel al sastre que el vestido

no me sienta bien; que mi mamá llora porque tú eres poeta.

El sastre no es de nuestra confianza? ¡Vamos, papá, escribe!

El padre arde unos pocos segundos en la idea de confesarse vencido. Y es su hijito mismo quien le expulsa de su "República".

Opta por el silencio otra vez. A mucho le responderá con una sonrisita continua. Besaré al pequeño contrincante, sufriendo amargamente la pulla de ese prejuicio que le desarma suavemente.

Su mujer tiene la culpa; porque hasta ella desespera de su arte y menea la cabeza siempre que le ve escribiendo.

El chiquitino volverá a preguntar. Si no lo hizo fue porque el papá disimuló su angustia besándole con toda el alma. Se equivocó, porque el traviesillo quiere subir a la mesa y dispersar esos papeles.

—¡No, hijito, no los toques!

—Y por qué? ¿Es que te gusta romper la cabeza sin tener que escribir en ellos?

Al poeta le machacan el alma. Su hijo le dice de toda la verdad de su nada. Dirá sí, o no? Mejor volver por el abrazo y el beso.

—Bueno, papá, —continúa el muchacho con más seriedad— no hablemos de eso. Veo que no te gusta. Tal vez te haga llorar. Pero los hombres no lloran nunca. Dizque se matan cuando están muy tristes. ¿No has dicho eso a mamá, queriendo pegarla? Y yo te he visto llorar a veces, aunque no se te han visto las lágrimas.

\* \* \*

El artista recorre su situación y una ráfaga de odio inflama sus entrañas. Le han aislado; están engañándolo inmisericordiosamente con un puesto en la redacción de "El Trópico". Su mujer le pide a diario; el casero le ha enseñado rabioso los dientes días y días. Ni siquiera la musa le obedece. Pudiera calmar sus ansias cristalizándolas en armonías, pero falta combustible y cuando la desgracia invade por los cuatro vientos, la vida para qué?

\* \* \*

Se levanta inquieto. El niño le si-



# LAVRO TARDIO

que con la mirada. No puede hablarle. Su papá no quiere hablar con nadie. Pero los niños no se arredran. La curiosidad inocente soporta la brusquedad del mal humor. Ya no bromea con los papeles de la mesa. Se ha alejado dos pasos de la mesa y busca con más insistencia en el rostro de la impotencia y del dolor. Quería llorar él también, porque no está ya para largas discusiones. Cuestión pura morirle de pena. El papá comenzará a odiarlo. Se resuelve, no obstante, y busca el medio adoptado por los débiles: ofrecerse con su consolación, sin dirigirle más observaciones. Opta por contarte que es jardinero.

—Mo ayudarás a sembrar flores, papá. Las flores no te ofenden, ¿verdad?

—! . . . ! . . . !

—Dime sí, papacito, grita con clamorosa ternura, acercándosele paso a paso. Mamá no tiene con qué llenar los floreros.

—Sembraremos . . .

Un suspiro ha hablado desde el abismo. ¿No te dirá al hijo que las flores del alma no se abren ya en los desiertos de la vida?—¿A dónde irá este chico—piensa el poeta. . . Vuelve a pasearse simulando indiferencia. Este hombre de seguro no quiere oír nada.

\* \* \*

En la habitación hay figurinas, croquis, retratos, bustos de hombres célebres, acuarelas de grandes conocidos artistas. Cerca de los interlocutores, el Dante ceñida la tempestuosa cabeza de laurel, frunce el ceño a lo largo de su nariz genial.

El niño le ha visto con frecuencia. ¡Qué horror. Esa actitud rampante de parecer, del exterminador florentino le ha dado idea de algo macabro. Un día preguntó qué era aquello. Le dijeron que ese hombre era un "monstruo". Inquirió más. Pero casi nada entendía que dijese relación al airón áureo de venerable cabeza. Al oír "monstruo" llegó a deducir que sería como su padre, un monstruo también, según el decir de la madre.

Pero a los monstruos coronan, luego a su padre. . .

—Papá, ¿cómo se llama este señor?

—Dante.

—Te pregunto, porque no es feo para mí. Han mentido los que le llaman monstruo. Tí, papá, no lo eres, porque no eres poeta.

El padre siente purfirsele el alma. La saugeo calcina sus nervios causados. Quiere dar un grito.

—¡Qué! Lo digo, porque no me gusta verte sufrir más. Este hombre se parece a un crucificado.

El gesto repulsivo del poeta hace temblar al niño—filósofo. Adivina el disgusto que acaba de causar.

—Si es así—continúa con mimo—quiero cultivar esa flor; se llama?

—Laurel.

—Y quiénes son los que se encargan de colocarlo en la cabeza?

El poeta no sabe contestar. Si dice que los hombres, su hijo dirá. . . Ya se sabe lo que dirá! El niño no olvida lo que oyó de boca de su mamá. Mucha pena le causó oírlo.

—Mi papá no es imbécil, no puede serlo—se ha repetido con frecuencia—Y esas flores con que se adorna ella quedarían bien en la frente de él. Busquémolas.

—Si mi mamá no lo hace, yo te las ceñiré en la frente—grita con un gozo inusitado el rapaz. Veo pues que con los poetas como tú, hacen eso. No te desagradará; al contrario.

El poeta traga una lágrima interior. Una voz de no se dónde le dice: «Has triunfado!» Pero su conciencia protesta con amargura.

—Voy a sembrarla!—dice corriendo. Ya te sanarás; y así escribirás con más soltura. ¡No es cierto? ¡Agu!

Al poeta le suena ya la despedida final; y dice para sí. . . ¡Pobrecito!

Seguramente el niño no volverá más, porque la madre le arrebató con ira de allí y, tomando un coche de alquiler, gana la calle que conduce al retiro definitivo de los que sienten desahogo fuera de borradores y métricas.

SERGIO NÚÑEZ.  
(Tartufo)

GVAYAQUIL, 1920.

## La Extinta gracia de una sonrisa

Murió llena de vida, legando con ademán sencillito, millones a los pobres de la radiante Marsella, su ciudad natal.

Sabia la Naturaleza, que cuando no marca a sus criaturas con el estigma de la fealdad, las distingue con el de la gracia, la bondad y la opulencia, haciéndolas en un solo sér. Entre las de esta última gavilla creció la espiga de la gentil artista que fuera de las tablas se llamó simplemente Gabriela Cairo, y sobre élla: Gaby Deslys. Ella trajo por misión sobre la tierra, la de sonreír y parecer dichosa, brillando dentro del género que vulgarmente se denomina fútil; pero que sin embargo, se presta para imprimir en él los rasgos imperecederos de la personalidad.

Porque Gaby de Lys supo, con cierto instinto, cautivar a los públicos, desde el primer momento en que pisó el tablado; poseyendo el secreto de exteriorizar con justeza lo que esencialmente causa la admiración en las colectividades. A tal grado era penetrante su saber de artista que la extravagancia, esa extravagancia tan suya con que solía deleitarnos, dejaba al punto de confundirse con lo vano de que tanto se nutre el hombre; y, por contrario, representaba cuanto hay de inmutable y universal en el sentimiento de la frivolidad bien entendida. Muchos seres que nunca han reído se imaginan que la alegría no es vida, salud y bendición, sino pecado. De ellos sí que no podría decirse

que juegan con el vocablo, pues el jugar requiere gracia.

En cambio, Gaby de Lys, como todos los artistas originales, no hizo nunca otra cosa en su vida: ella, hasta con el vocablo del amor jugó, y como todas las demás mariposas de su especie, se quemó en él las alas.

En su ligereza, en aquella su volup-tuosidad toda deleite, sí fluyó la vena misteriosa del carácter, que sin cesar transforma, modula, se impone, sin admitir jamás elemento alguno que lo anule.

Un juego continuo fue su vida; un juego de luces, de perlas, de velos transparentes y de modas transitorias; en medio de la llamarada perenne del vivir. En efecto, su fisonomía de artista es el aspecto eterno de la fugacidad, de lo que pasa, pero vuelve siempre distinto y siempre lo mismo, obedeciendo a una ley inherente del alma.

Su virtud capital fue la intrepidez, el atrevimiento; pero lo fue también la nobleza.

Sobre su tumba flotará invisible este diálogo mudo, entre dos sonrisas familiares de la sociedad:

La del fantástico cortejo de millonarios que la persiguieron, y hoy, al verla desaparecer, exclaman:

«¡Extravagante mujer fue aquella!» y la de los menesterosos, que prosternados murmuran en coro tenue:

—«¡Magnánima criatura! ¡Que Dios la perdone!»

MACBONIO GANZA.

## COMUNICACIONES

Hemos recibido la siguiente escueta acompañada del folleto «Sangre y Tesoros», que acusamos recibo y agradecemos muy cordialmente al Encargado de Negocios de S. M. Británica:

Legación de S. M. Británica.

El Encargado de Negocios de S. M. Británica saluda atentamente a los Re-

dactores de la Revista «CARICATURA» y tiene el honor de incluirles un folleto intitulado «SANGRE Y TESOROS» sobre el esfuerzo económico de la Gran Bretaña durante la Guerra Europea, el cual espera les sea de interés.

Hubert W. Wilson aprovecha esta oportunidad para reiterar a los Sres. Redactores de «CARICATURA» el testimonio de su distinguida consideración.

Quito, a 7 de Abril de 1920.



# Suño Grágico

de E. Grezier.

## SUEÑO TRAGICO

*Sepulturero: aquí es! Abre la fosa  
mas no tires la pala con violencia.  
Abrela, sí, con mano cautelosa,  
tan suave, que la muerta de esta fosa  
no pueda adivinar nuestra presencia.  
Suave sepulturero, sí, tan suave,  
que nunca llegues a turbar su sueño!*

*—Está muerta, Señor.....*

*Muerta?..... Quién sabe!  
Cuando ayer se durmió, su rostro grave  
tornóse más hermoso y más risueño.*

*—Está muerta, Señor, no esta dormida....*

*Calla!.... Dormida está, sepulturero.  
Cuando me dió su mano bendecida  
no murmuró un adiós sino un (te espero).*

*—Está muerta, Señor.....*

*Y ese gemido?....  
No ves que, torpe, con tus rudas manos  
la despertaste y nos ha sentido?*

*—Está muerta, Señor.....*

*Muerta?.... y el ruido?....*

*—Señor, que la devoran los gusanos!*

**Enrique Grenzier.**  
POLACO.

## JESUS QUE VUELVE

Hermosa, buena Flordelina de labios de seda y de mirar pensativo: en el ambiente evocador de esta tarde antigua, las margaritas y los lirios hanse quedado dormidos, y también tu muñeca de cabellos rubios.

Por la pureza de los campos, nuestros espíritus han oído voces tan dulces como la miel blanca de las abejas apacibles. Y ellas, las voces tan dulces, venían cantando: «Jesús, el de Nazareth, el que melifica las hieles y habla con su palabra cristalina a los niños y a las pecadoras de cuerpos deformes y de almas de nieve; el buen Jesús de cabellos morenos y de labios jugosos, ha resucitado. Rabí Jeschoua ha nacido de nuevo. ¡Hosanna, hosanna, hosanna!...

Por la pureza de los campos tibios y olorosos a violetas y azucenas, las voces inefables cantaban a Jesús que vuelve.

### LEYENDA.

En aquel tiempo—corderos pascuales y sacrificios en el templo—, las fraternas rosas del jardín que, a orillas del arroyo claro, posaba la viuda de Simón el Rapsoda, cerraron para siempre sus pechitos de color de sangre y de color de harina.

Era en Judea llegada la época de la Gran Fiesta; y por los caminales polvorosos y antiguos venían, en caravanas alegres y decididas, gentes de todas partes con sus camellos cargados de sedas y de perfumes sutiles, para ofrecerlos en las sinagogas.

La jocundidad desbordada por las vías llenas de peregrinos; y sólo los ojos cansados de la pobre viuda del Rapsoda gofeaban lágrimas más yertas que el funesto mar que dierme sobre las ruinas de Gomorra y de Sodomia y donde las olas son tan quietas como poemas de piedra. Sólo los ojos sandosos de Marta la viuda, dramaban su dolor ingenuo por la muerte de las rosas humildes.

Era llegada la época de la Pascua; y los huertos y los senderos oían a sabroso trigo y a delicados perfumes venidos de países leuengos. Los pastores, de mirar resuelto y de pupilas clara, llevaban a sus rebaños ya desposeídos de los corderos mejores, que al Señor se habían ofrecido para propiciarle, hacia las montañas donde crecen las olorosas maderas y los cedrones silvestres. Y las mujeres, los niños y los enfermos venían cantando por las carreteras.

Corría, por entonces, fama de que en Belén de Galilea había asomado un nuevo Rabí de cabellos dorados y de palabras golosas. Rabí Jeschoua le nombraban sus discípulos y era bueno como la sabrosa leche de las cabras de color de nieve.

Para el día de Pascua, probablemente, el profeta dejaría sus campos soleados y propicios a la predicación, para venir hacia Jerusalén, la Única.

—Acaso este Sabio y Pío anunciado por las plegarias de los infantes y por los rabeles de los pastores, quiera, al pasar, volver la vida a mis pobres rosas muertas y dar, con ello, paz y alegría beatíficas a esta pobre vieja, que tantos corderos ha ofrendado ya al Señor, pensó la viuda acongojada.

Y a la puerta de su mísera vivienda se puso, para esperar a Aquel que debía melificar su amargura.

\* \* \*

La aurora del segundo día declinaba cuando los ojos cansados de la viuda arrinconaron el sueño y se abrieron para ver pasar una caravana grande que venía de Oriente.

“Es el Rabino que llega, es el buen Jesús” decían, con sonrisa iluminada, las gentes que la adelantaban.

Desde lejos, llegaba el eco dulce de una voz serena; y eran sus palabras olorosas y frescas como los arbustos del Líbano.

Venía explicando acerca de la cari-

dad por El preconizada tantas veces: —Si sólo tienes para tu alimento un pedazo de pan ordinario y mezquino y se te acerca un anciano de largos años pintados en sus cabellos níveos y te lo requiere: hermano, tú que eres joven y puedes con tus robustas manos remover la tierra fértil, dale un pan al mendigo y deséale que en los caminos le sean fraternas las rosas, decía el Profeta.

Mientras hablaba, había llegado hasta la cabaña a cuya puerta esperaba la viuda de Simón.

—¡Señor, señor! exclamó ella con voz creyente; Tú que eres supremo y que vas dejando luz y consuelo por el mundo, dáles nueva savia a las pobres rosas de mi jardín, que hundieron ya sus pechitos entre la crueldad de la tierra áspera y ardorosa. Tú, Rabi Jeschoua, que eres bueno....

Demetrio, un legionario tostado por el sol de todos los climas y de piel curtida como la de los curvados dromedarios, que al Rabi se afiliara desde la prédica de la montaña, increpó a la pobre vieja que así importunaba al Maestro:—No tengas barina ni aceite para sazonar tu mezquino alimento, tú, insensata, que al Profeta molestas con tu palabra. Rosas para nada necesita la tierra, y menos tú que ya hacia ella te inclinas. Necia, necia mujer que mortificas al Rabino.

Marta iba a ocultar sus lágrimas, que parecían perlas antañonas, entre los pliegues de la túnica; pero el Apóstol Supremo, suspendiendo su parábola, reconfortante y serena, y por entre los discípulos abriéndose paso, llegóse hasta la cabaña desvencijada y sin lumbre.

—¡Rabi Jaschoua, tú, divino de Belén, que eres bueno! Éran mis hermanas de soledad y de vejez; y ellas, las rosas de mi huerto están ahora secas y caídas. Dáles savia ¡oh hermoso!

La blonda cabellera de Jesús se inclinó hacia la tierra atormentada de sed.

—Almas, almas ingenuas son también las flores, exclamó. Y son emanación de Aquel que todo lo sacó de su Omnipotencia. Tú, Marta, que imploraste con fe y con ardor, anda y besa a tus rosas, que otra vez alegrarán tus años...

Y el Profeta se alejó, dejando por el sondero polvoroso un hálito de mansedumbre y de amor.

—En las más pequeñas cosas palpita el alma de lo Eterno, siguió diciendo a sus discípulos atónitos. Misero es el gusano que se arrastra por el suelo y misera es la hierba que crece, apocada y casi seca, en los peñaseos estériles. Pero en ellos germina la Vida, y la Vida es el Amor transparente, el «fiat» de la divina encarnación...

En el huerto reducido, donde otra vez detonaba el color de las rosas plenas de vida, la anciana mujer del Poeta lloraba de gozo y de ternura.

Y mientras la voz del Maestro se ahogaba en las lejanías, las palabras gangosas de Marta repetían alborozadas:

—Ha nacido ya el Mesías, el que anunciaron los santos libros del Testamento. Ha nacido el Hijo de David, el que será Rey de los Judíos. ¡Hosanna, hosanna, hosanna!...

Luis Anibal Sánchez.

## C. J. AROSEMENA OFICINA BANCARIA

*Compra y venta de Letras a los mejores precios del mercado.*

*Acepta depósitos a 3, 6 y 12 meses, pagando intereses más altos que los Bancos.*

*Cuentas corrientes y descuentos de Documentos.*

**Solicítense informes.—Guayaquil.**

**CASILLA 337**

# TIPOS Y ESCENAS DE QUITO



1910

No hay novedad, ni mayor...

# Un sábado en Quito

(Capítulo de mi libro inédito)

por JORGE JOHIM

El marasmo habitual que envuelve Quito desaparece los sábados. La población se electriza por algunas horas. La ciudad melancólica de las quebradas, los pinos y los eucaliptos, siente en momentos en sus calles elegantes y hietas las pulsaciones de un fluido de vida semejante a los arrebatos intermitentes de la sangre en las arterias envejecidas de una octogenaria. Es que mañana será domingo, día de misas desde la alborada, de visitas, de bautizos, de bandas de música, con la bandera nacional de vivos colores flameando en la fachada de los edificios públicos, sobre los porticos desiertos. Mas, ese mismo domingo, lleno de tantas promesas de alegría, se pasa en una tristeza mortal. Las espectativas de placer en las razas indígenas son como las queridas demasiado tensas en la fragilidad de los violines: estallan después de algunos arpeggios. Las vibraciones adelantadas del sábado, agotaron los nervios para las fiestas del domingo. En vano, a las doce del día, la banda militar que toca en el parque de la Independencia procura galvanizar, con marchas guerreras, las energías quebrantadas. Las quiebras encantadoras, de mejillas rosadas y ojos negros, evocaron y se adornaron la víspera con un pensamiento gracioso a su corazón; su ardiente imaginación española les prometió más de lo que puede dárles la realidad y ahora, al sol del domingo, circulan un poco desconsoladas al rededor del monumento a los Héroes del 10 de Agosto, como mariposas extenuadas de los giros de zarabanda en torno de un punto luminoso.

Por eso si hay un carácterístico en la antigua ciudad de Huaina-Capas, está en el sábado. Jamás me podrá olvidar de uno que pasó ahí a fines de octubre, a la entrada del invierno, cuando empiezan las grandes lluvias. Con el empujador de las últimas estrellas, comienzan a entrar en la ciudad, procedentes de los alrededores, los vendedores de hortalizas, ajinando a los pequeños asuntos que las traen en sacos laterales, esos asuntos peludos y tristes, casi enanos, que dan una nota tan original a las calles de Quito y que, no obstante su fealdad, poseen la belleza cristiana de la humildad y de la resignación. Siempre que los veo, con su paso menudito y permanentemente fatigado, en una eterna flojedad, cual si hubieran nacido viejos, buscando, impedidos por el insistido, el estuche camino de las piedras sillares que corren por en medio de las calles, para magullar menos los pobres cascos ya gastados y sensibles, pero tan evangélicamente sumisos, se me ocurre la idea de que probablemente fue en uno de esos minúsculos junctos que la Virgen partió para el Egipto, idea extravagante y absurda, porque nada más inepta para una fuga que los morosos borricos de Quito... Qué pena que Francis James haya muerto sin haberlos amado y celebrado, él, que confesó ingenuamente en uno de sus poemas deliciosos que quisiera ser un modesto asno, para alcanzar la forma perfecta de la simplicidad e irse más de prisa al Paraíso! Viendo pasar ese borrico preguntaría las mujeres parlanchinas:— ¿Quién eres tú y a dónde vas? Y él respondería, cándidamente:

«Je suis Francis James et je vais au Paradis».

Por desgracia, ya se calló para siempre la lira tan sencilla del poeta francés y los indolentes animales de Quito no tendrán, tal vez, su cantor. Continuarán pasando a los primeros albares multi-

nales, cargados y lerdos, en dirección a los mercados públicos, seguidos de los indios que, de vez en cuando, los fustigan bondadosos, apenas lo necesario para despertarles de su andar por Gemá y Vagor. Nada más triste que el desfile, a la luz incierta de la anorota, de esos dos vendidos: la bestia venecida por el indio, éste, a su vez, vencido por la fuerza y el heroísmo de una raza osada. Y la primera, más feliz que el segundo, en la ignorancia absoluta de su esclavitud, sin esa especie de conciencia ástria y repugnancia de la derrota que tiene el indio.

El día, entre tanto; va albeando. Los cerros que circundan la ciudad van desmenuándose del misterio que los envuelve durante la noche; el azul cargado del cielo toma maticados más claros y suaves; la luz agostante de los astros retardados se diluye en la grande luz que se presenta va a surgir dentro de poco. Los árboles despiertan con la sinfonia del viento, que cauta a la sortina en sus ramos, y meuean las copas, en una como reverencia en la dirección en que va a llegar el divino emisario, con la armadura de oro y fuego. Flota en el espacio tanta suavidad, ni sopor tan agradablemente voluptuoso que parece que la misma naturaleza, en un último esparcimiento, acaricia todas las cosas. El desfilo aumenta, las voces se multiplican. Las montañas donde el Cotopaxi y el Cayambe guardan sus furias y tienen sus arsenales de lava y humo, aparecen en un traje de novia, vestidas de nieve, alblimas e immaculadas, como Dios trinos para la inocencia y el casto de las falda de las colinas, las vasas plantaciones de canchilpitos, militarmente enfiladas, semejan, vistas a distancia, un ejército en marcha en una escalada fantástica hacia lo desconocido. Tienen campanas. Algunos perfiles pálidos de devotas, con las cabezas envueltas en las mantillas, vestidas de negro, cruzan los atrios de los templos, donde la lámpara votiva que ardió toda la noche, chisporrotea, por falta de aceite, temblante, y donde al claror blanco de la alba, se desmayó más livida sobre la cruz de plata, el Cristo de marfil.

Al sol que asciende al correr de las primeras horas, el vivén de las vías y las plazas, se establece. Con los diversos grupos de indios que llegaron de los arrabales, por la mañana, para vender en los mercados y ferias los productos rurales la urbe adquiere un aspecto garrido de fiesta carnavalesca. Casi todos ellos, trayendo el origen oriental, la preocupación de magnificencia colorida de las razas rudimentarias, buscan para vestirse los tonos más violentos del azul, del amarillado, del rojo. Con los sombreros de alas largas voladas para arriba, el cabello negro y liso, despararrnado sobre los hombros o por ellos bajando en brega trouza, los ponchos bicolors o rayados, que usan durante todo el año, debido a la tempestad fría, las más de las veces, los pantalones amplos que les llega apenas hasta la rodilla, las piernas desnudas y musculosas, los pies descalzos, o metidos en alpargatas de cuero o de cierta fibra vegetal, enjutos de carne, sin obesidad, tal vez debido a la alimentación pareca y continuado ejercicio, dan los indios a Quito, en los mercados de sábado, la nota más particular de lo imprevisto al forastero curioso.

Ultimadas las ventas, de las cuales ya recogieron el esoso producto, serenada la agitación de los mercados y tenuizado el ligero altermoz compuesto casi exclusivamente de latrina de

# NUESTROS ARTISTAS



Dr. Juan León  
cree que de Atocha  
se paga directamente  
al cielo...

cebada, que toman con la mano en una pequeña gubela, y de un poco de maíz tostado, e van ellos a beborrolear, en bandadas, por los botegones próximos, donde les espera su néctar preferido, la *chicha* incomparable, bebida furisísima, extraída del maíz cocido en fermentación, y a cuyas vapores se abre también para esos insectos la póceta mágica de los parabios artificiales....

Es medio día. El oro del sol se ciegne por los flancos de los montes, donde el verde aparece con todos sus matices, desde el aprietado y trazo de las flores las brasileñas hasta el desvalhido y g'anco de los marcos, y en donde, a veces, un trigal maturo desata al viento su flava cabellera. El cielo, se viste de ese azul lídico en que ciertos pintores del Renacimiento enviaban a la Virgen en su Ascepción, azul tan transparente, tan translúcido, tan diáfano, que se podría decir, en Enrique Heine, que en él prendiendo bien los ojos se alcanzaría ver a Dios, sentado en su trono excelso. Hay una exaltación de vida, un júbilo infantil dentro de las almas; se tiene el deseo de ser como Ezequías, para hacer paçar el sol, para que el día no muera, para que el azul no se apague.

Pero esa ilusión no tarda en desvanecerse. Por las dos de la tarde, inesperadamente, una nubecilla muy blanca corre fugaz por el éter. De dónde viene? De qué horizonte apunta, leocada por el viento? Nadie podría decirlo, porque nadie la sintió llegar. Se formó en un instante y como si brotara del propio cielo. Entonces y como soldados escondidos para el asalto que apenas empezaron una soña convencional, grandes nubes frangeadas se yerguen de improviso sobre el parapeto de las montañas. Ahí se quedan de bruzas un momento, como contemplando el paisaje que van a extinguir. Y luego, al principio en grupos aislados, después hundiéndose en cohorte, comienzan la silenciosa invasión de la comba celeste. El sol se oscurece. Grandes masas de sombras informes se proyectan e caminan sobre las pendientes de las montañas. Hay un malestar ambiente. Un relámpago raya en la pizarra de las nubes, una señal cabalística, a que responde un trueno lejano.

Y de súbito, del lado del cielo, viente campo abierto a la entrada de la ciudad, un turbión de polvo se levanta con una gran ráfaga de viento y galopa por los caminos desiertos. Se diría que todos los gigantes del Apocalipsis, con mil demonios en la grupa, arremeten contra Quito. Desgarranse los alto cuclipitos y gimen convulsos, gemidos que capitan. La fachada blanca de los edificios se torna tréida, y con los altos árboles afundidos y el perfil confuso de los pines que la entristecen, la ciudad flinge un vasto cementario que fuera a ser profanado por una horda de bárbaros. Todo se sumerge en la opacidad de las nubes que bajan de lo alto, del polvo que se levanta del suelo; hora trágica en que se mezclan por un instante las cosas de la tierra con las del cielo.

Después de un chupurrón que dura algunos minutos, la lluvia se transforma en neblina que aquezaja todas las formas. Caen la tarde. Quedan desiertas las pizarras. Los raras trasnentes aparecidos se pofieren con las paredes, para evitar las esplendoradas del fuego, que se esparce sobre las aceras estrechas, y, desde los techos, trambidos coches, de resortes h'rumbreros, por las calles transformadas en pantano.

En el interior de las tabernas, algunos grupos de indios, ya medios ebrios, continúan las libaciones. Otros, venidos de la parte oriental, se quedan a las puertas, mirando a los que se divierten, en el entusiasmo salvaje, acat'ados, trambidos de frío, altos, secos, angulosos, con la nariz de los labios sin energía, expresión imbecil, ojos apagados, rechazando la vacuidad interior de cerebros primitivos, donde apenas florece la idea intuitiva de la conservación, de cabezas ajolastadas, los cabellos coritados hasta la altura de las orejas, y tres rayas olivinas y paralelas, de bermellón, en cada una de las mejillas, de pomitos

salientes. Como andan generalmente descalzos y no están acostumbrados a caminar sobre las piedras puntiagudas y mal alineadas que pavimentan la ciudad, pisan cautelosos y esquivos, en puntillas, imprimiendo al cuerpo un movimiento de constante desequilibrio, que más agrava la línea de simetría de sus escultóricas desahoras. Tienen, vistos así, la inelegancia lamentable de los buitres, cuando caminan sobre los oscumbros de las habitaciones en ruinas.

La lluvia, entro tanto, muy húmeda y fría, continúa cayendo. A veces, por detrás de las cristales de una ventana, cuya transparencia se empapora al alucido caído, se vislumbra un claro rostro de ojos negros, mirando, nostálgicos, los horizontes esfumados.

Los vapores de agua que se condensan en la sombra de las montañas, ruslan, ruedan en un eterno vicioso de melancolías indescriptibles. La bruma tornó el paisaje distante a ind'efinido. Y lejos, en la loma de los cerros, desahollados en la extracción, anómico y trist'as, medio entorados por el viento, parecen los encapitados una prolección de tuberculosos, camino de la Muerte. Fiebles y pasadas, como un bando de aves hueridas, las notas del Angelus bajan de los campanarios, extrañamente sonoras por la humedad del ambiente, despertando en los corzones desahollados la postrera esperanza.

Las nubes continúan atizando los montes. Viene a noche. Y entre las sombras que se precipitan sobre el Egido, pasan, en un vuelo, el alma blanca de Alfaro.... Es la hora que no los campos trágicos un viento de desolación sopla las cenizas f'inas de los héroes....

La gruta se salpica de insectos. Dentro de los fi-guros arde la vela en la palometa oxidada. A la puerta de los albergues, localizados en el obrascado de los predios, agachados, de umbrales estrechos, con una gran piedra tosca por solata, mujeres agazapadas preparan, para el próximo yantrar, la fritada prefecta, gruesos y graciosos pedazos de chabone, que crepitan en el fondo de las patas, sobre un brasero. Improvisamente entro cuatro los clientes. Como los clientes no llegaron todavía, es temprano para traer otra luz, bastándole el resplandor mortecino de las brasas que desparan en derredor un teñido rojo. El resto de la pieza se ahonda en la sombra, donde bules se agitan. Se tiene la impresión de uno de esos entros como les imaginó la fantasía super-exaltada de la Media Edad, con hechiceros preparando la c'na para una noche de Sabal.

Más tarde, por las diez, se escapan de una persiana apergosa de un violín mal pollicizado, al que hace como una voz trémula. En un compartimiento angosto, sala reservada de una espelunca, en donde letrarán epifogo las libaciones del día, arde, en un canto, suspense de un clavo, el precario candil de petróleo, con reflector de lata y macha calcinada. A trechos está desmoronado el tambado de estuco, color de marfil viejo, con una plaga de de moscas que el f'io y la lluvia trajeran de fuera, negro de hollín en la parte que recibe el humo del candil. En los umbrales de las puertas se notan manchas de grasa de las manos que ahí se apoyaron buscando un punto de apoyo a los cuerpos desahollados, y por ellas bajan corrientes de cicajas aglomeradas y perendidas, como la parodia del Jujo. En el estabulado, mal clavetado, se diseminan las maulas de saliva. No hay ni un solo grabado, ni una sola estampa. Se siente esa tristeza y frialdad sui-générés de las paredes desaholladas, que compunge el alma. Apenas, junto a la pizarra, se visista, pendiente del muro, el marco de un espejo hecho trizas en una pelea, y que conserva en los ángulos los últimos fragmentos puntiagudos, providencial desahollamiento que nunca más permitiría a ninguno de los frecuentadores de la poeliga experimentar, al verse acaso reflejado en su vidrio, el horror instintivo de sí mismo.

Sobre rústicos bancos, a guinos indios se capere

zán y funden, prestando oído a la cántiga del compañero, que jugando con los dedos en las cuerdas del instrumento, hace alusiones picarrescas a los amores de cada uno de ellos. Vibra una carajada contagiosa.... Un viejo flaco y pálido, un intruso tal vez, que dormita en un rincón, con las manos en los bolsillos del abrigo harapososo de gola alzada, abre los ojos, llenos de espanto, como sucede a los que son despertados repentinamente....

Y la noche avanza. El reloj de la Alameda, con claridad amarilla y mortuoria, como si fuera a marcar las últimas horas de un moribundo, señala las once y media. «Por una puerta, que se abre ahora pasa el llanto de un niño. Una mujer, vistiéndose los vestidos, camina, apresurada, en busca del último jarro de agua en el grifo de la esquina próxima. En el ángulo de los calles, destertas y sombras, una lamparilla brilla en un nicho, donde una Virgen de las Dolores, con las siete espaldas en el pecho, espera en vano alguien que la socorra. Con las ridículas de viento intermitente, la lluvia continúa en los vidrios de la acua y escurre como el llanto desolado de la Virgen desamparada....»

Cesó todo el rumor. Las casas se cerraron. Se cerró también la ventana familiar y festiva, que hasta hace poco se abría para la noche en un raudal de luz y armonía, cuando, en la languidez del valle, pasa en un vértigo, como en un sueño, la gran alabanza de las mujeres en flor, la rambana grafa al noctívago melancólico que imagina, al contemplarla, no estar tan desacompañado sobre la tierra solitaria....

Suenan pitos, perezosamente. Los guardnanes, los pobres paces, medidos en sus largas espaldas y con los pantalones acorados a las cuerdas, hasta la altura de la nariz, para prevenirse de neuralgias traicioneras, van, puejuntamente, de casa en casa, a examinar si los pesados candados están bien puestos. Al fin de ancho plaza, entre la

niebla, un ojo de fuego difunde en las innóvil; es la lampara roja que señala una botica de hierro. En la cúpula de un edificio, la bandera olvidada, toda remojada, se arrolla en el mistil. Sobre un balcón, en un vaso roto, agoniza un begonia. Las asalturas, en los jardines, sienten frío....

Y me invade la nostalgia de otras noches, sobre los cielos estrafalotos del Brasil, cuando en la orilla de las playas, se desfilan el onaje de las espumas y los faroles de las fortalezas proyectan luz sobre las olas de la babilonia incomparable, las grandes fajas de luz intermitente. Pero de súbito, me viene, con un consuelo inesperado, el pensamiento de que los mismos astros brillan aquí allí, y, magnánimamente, levanto los ojos en busca de la Cruz del Sur. Mas, el firmamento está negro, las constelaciones murieron. No importa, han de resucitar. Mañana mismo, tal vez, brillarán de nuevo sobre el silencio de estos páramos y se condicionarán con un rayo de su claridad, el secreto que se esconde en el cráter melancólico de los volcanes muertos.

Y bendigo la tierra suavemente melancólica, de mi primer exilio, el Ecuador, romántico y sentimental, de las leyendas y de las leguas ocultas, de los raudales y piaguillos vibrando en la tarde triste y que, cuando yo esté lejos, guardará aún un poco de mí mismo.—el ritmo de mi corazón, que latió un día más apremiado ante la belleza incomparable de sus haldas....

Añore la lluvia continúa cayendo.... Quito duerme. Las lindas queñenas sueñan....

Jorge Jobin

TRADUCCIÓN: Carlos H. Endara

## PROGRAMA

PARA EL PRÓXIMO GRAN CONCIERTO ORGANIZADO POR EL SEÑOR

—: Dr. Pedro Paz :—

en el Teatro Sucre, el día Jueves 22 de los corrientes.



### PRIMERA PARTE

- I. **Symphonie Espagnole.**—Allegro non troppo.—LALO.—Sr. Pedro Paz.
- II. **La reine de Saba.**—Oavatine.—GOUNOD.—Mme. Charlotte de López.
- III. **Polonaise, Op. 53.**—CHOPIN.—Sr. Enrique Nieto.
- IV. (a) **Adiós a la Alhambra.**—Cántica morisca.—MONASTERIO.  
(b) **La alegría del amor.**—Vals.—KREISLER.—Sr. Pedro Paz.
- V. **Le Nil.**—LEBOUX. Mme. Charlotte de López y Sr. Pedro Paz.

### SEGUNDA PARTE

- I. (a) **Canzonetta.**—A. D'AMBROSIO.  
(b) **Caprice Viennois.**—KREISLER.—Sr. Pedro Paz.
- II. **Caballería Rusticana.**—Romance de Santuzza.—MASCAGNI.—Mme. Charlotte de López.
- III. **Vals, Op. 17, N° 3.**—MOSKOWSKI.—Sr. Enrique Nieto.
- IV. **Jota aragonesa.**—SARASATE.—Sr. Pedro Paz.
- V. **Chant arabe.**—BEMBERG.—Mme. Charlotte de López y Sr. Pedro Paz.

## GRATIS PARA UJ. HOY

Es prueba de inteligencia y señal de distinción leer la Revista mensual

# EL NORTE AMERICANO

Revista en español

QUE SE PUBLICA EN NUEVA YORK DESDE EL AÑO 1914

La suscripción anual cuesta cinco dólares. Cada ejemplar cuesta cincuenta centavos, oro americano. Pero envíe usted el siguiente cupón y obtendrá gratis un ejemplar de muestra del último número de la Revista. Envíenos sólo cinco centavos oro americano para el franqueo.

**SOUTH AMERICAN PUBLISHING C<sup>o</sup>.**

**310 Lexington Ave., NEW YORK CITY**

Sírvase enviarme un ejemplar de "El Norte Americano" para lo cual incluye \$7. 0,05 (cinco centavos oro americano).

Nombre .....

Calle y número .....

Estado .....

Se solicitan agentes para esta Revista

## Grandes Talleres de Fotograbado

DE LA  
ESCUELA DE  
ARTES  
Y OFICIOS



Se garantiza la prontitud y nitidez de los trabajos.

Grabados en uno o más colores, para Diarios, Revistas, Catálogos, Etiquetas, etc.

**Instalación Eléctrica Moderna.**

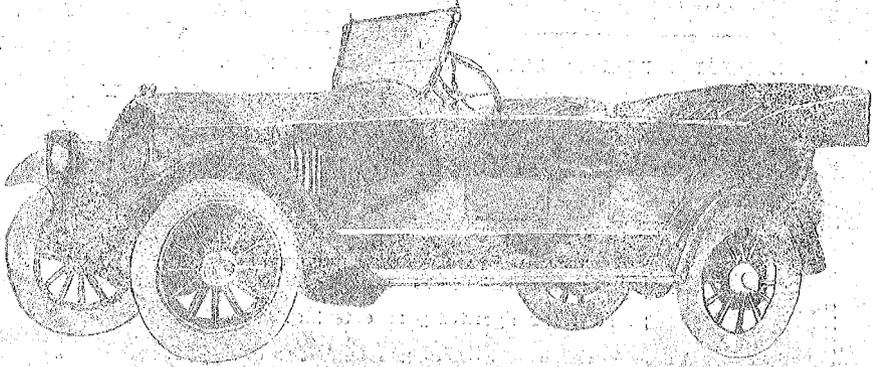
Trabajos listos en 40 minutos con los más hábiles operarios.

Teléfono Núm. 7 1 4

Apartado N<sup>o</sup>: 72

Agencias en el centro de la ciudad:—*Señorita Hortensia Paz Coronel*, Plaza de la Independencia y en el Almacén de Especialidades del *Sr. Eduardo Rivera*, Carrera Venezuela.

Studebaker



para viajar a los lugares más  
para viajar a los lugares más  
para viajar a los lugares más

# CARATULA.

*W. Byron Mackay*



*Taven*  
XX

*La Junta del Gobierno y sus relaciones con el*